Año XXI.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 14.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

EDICION ECONÓMICA.

Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.

UN NÚMERO SUELTO 2 RS.—DICHO CON PATRON 3 RS.

Precio de la edicion de lujo.

Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Núms. sueltos 4 rs.

La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Américas Españolas.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.

UN NÚMERO SUELTO CON PATRON Ó SIN ÉL, 2 RS. FS.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.—Números sueltos 3 rs. fs.

DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En los demás estados de América.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.

UN NÚMERO SUELTO 4 RS. FS. CON PATRON Ó SIN ÉL.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.—Números sueltos 5 rs. fs.

La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

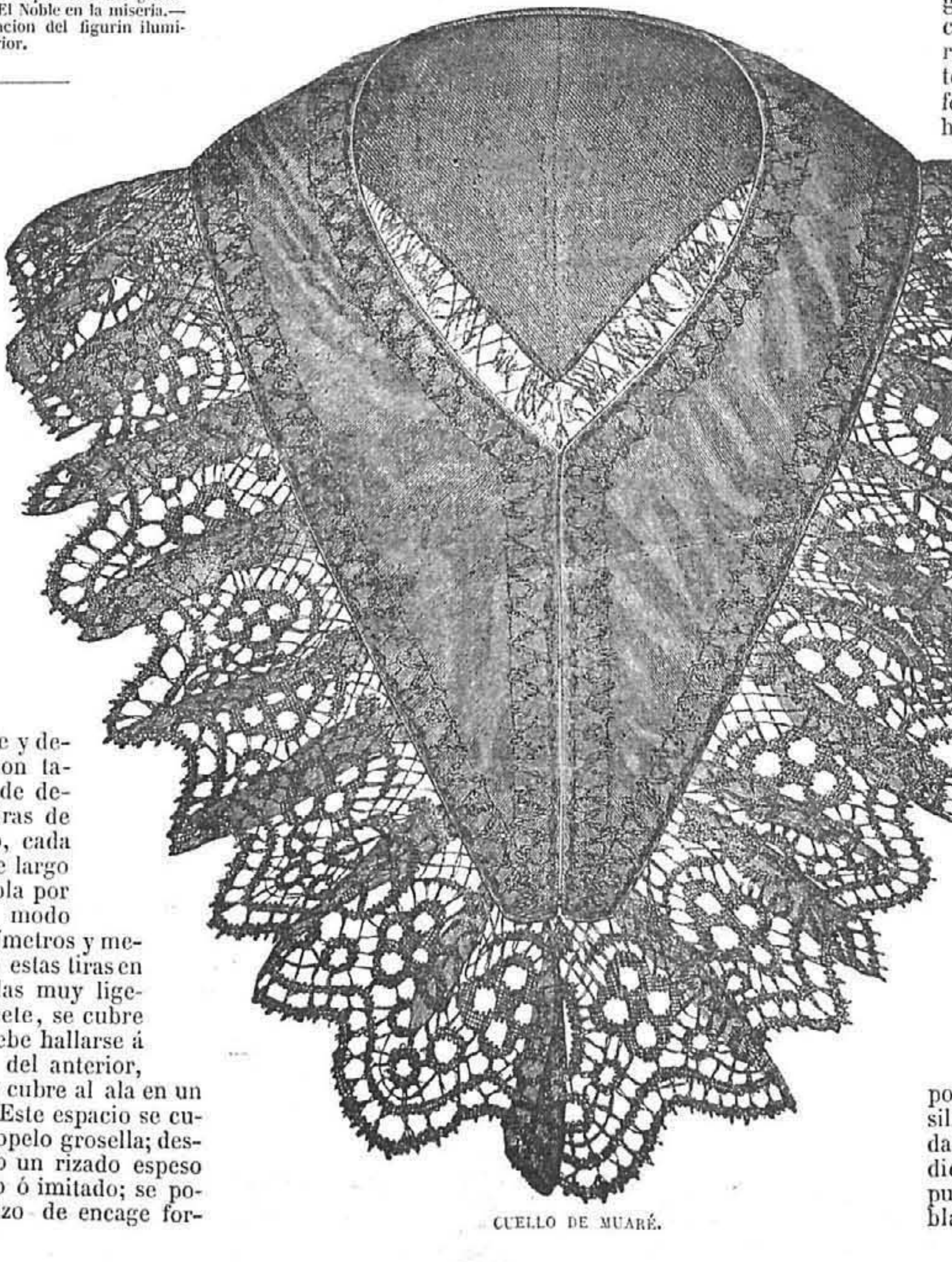
Sumario.—Nota.—Tocado Zélia.—Berta Viola.—Canesú con cinturon Médicis.—Tira de encage negro para guarnicion, adornada con cuentas de azabache.—Tira de encage blanco para guarnicion, adornada de felpilla negra.—Crónica de París.—Compasion para la desgracia.—Geroglífico musical.—La pierna de palo.—Explicacion del grabado de modas.—El Doctor Antonio.—El Noble en la miseria.—Descubrimientos modernos.—Explicacion del figurin iluminado.—Solucion del geroglífico anterior.

NOTA.

Los patrones y explicacion del CUELLO DE MUARÉ, del LAZO DEL RENACIMIENTO, del TOCADO VALOIS y del TOCADO TUDOR, fueron insertos en el número anterior. En el presente van los dibujos que les corresponden, y que allí hubieron de omitirse por falta absoluta de espacio.

Tocado Zélia.

Se arma este sobre dos circulos de alambre de 62 centímetros de circunferencia; se los coloca á un lado y otro de una tira de tul de centímetro y medio de ancho, en la que se hacen algunos pliegues delante y detrás, despues se la cubre con tafetan negro. La drapería de delante se compone de dos tiras de terciopelo grosella al sesgo, cada una de 70 centímetros de largo por 11 de ancho; se las dobla por cada lado hácia abajo, de modo que formen tiras de 4 centímetros y medio de ancho; se aseguran estas tiras en el ala; despues, cruzándolas muy ligeramente sin apretar el torcete, se cubre el ala; cada cruzamiento debe hallarse á 6 centímetros de distancia del anterior, y por detrás el torcete no cubre al ala en un espacio de 21 centímetros. Este espacio se cubre con un pedazo de terciopelo grosella; despues se coloca en este sitio un rizado espeso de encage negro, verdadero ó imitado; se pone al lado izquierdo un lazo de encage formado por una tira, ó compuesto de un entredos orlado por un lado y otro con un encage negro puesto plano; se puede, si se quiere, suprimir los adornos de metal, bolas y broches que se ven en el dibujo. Si se hace este tocado con tiras de tafetan, y si se remplaza el plegado y lazo de encage por un plegado de tafetan recortado y por un lazo de cinta, podrá convenir para una jóven soltera: en este caso se haria el torcete de delante con una tira de tafetan negro y otra de tafetan *azul ó grosella, y el plegado y lazo se* harán del mismo género y colores.



CUELLO DE MUARÉ.

Berta Viola.

La parte superior de esta berta está arreglada sobre tul de Bruselas; se compone de un bullon de tul de seda, sobre el cual serpea un rizado de tul igual; copos de violetas hechos de cinta, y de los que hemos dado la explicacion en uno de nuestros últimos números, y que tengan 5 centímetros de diámetro, se colocan entre las ondulaciones del rizado. La berta está guarnecida con un volante de encage de seda de 14 centímetros de ancho.

Canesú con cinturon Médicis.

Este canesú está armado sobre una especie de corpiño de tul, que cierra por detrás; la guarnicion figura chaquetilla por delante, y termina por detrás en punta, esto es, en forma de berta; esta guarnicion se hace de tafetan azul celeste; un ancho bullon de tul blanco completa la guarnicion por detrás y por delante, y cubre así el corpiño de debajo; un encage de seda estrecho rodea los hombros; otro encage mas ancho orla la parte inferior de la guarnicion de tafetan por delante y del bullon de tul por detrás; presillas de encage negro y blanco están colocadas por delante sobre el canesú, como lo indica el dibujo; en este sitio hay un lazo compuesto, como las presillas, de encage negro y blanco; las mangas, muy cortas, se hacen de

© Biblioteca Nacional de España

tafetan azul celeste, y se guarnecen como el canesú.

El cinturon Médicis, cuyo patron publicamos en el número anterior, cierra por un lado; se le hace de tafetan del mismo color que la guarnicion, y se le guarnece, asi como las faltriqueras, con encage blanco rodeado de encage negro, el cual excede del ancho del cinturon.

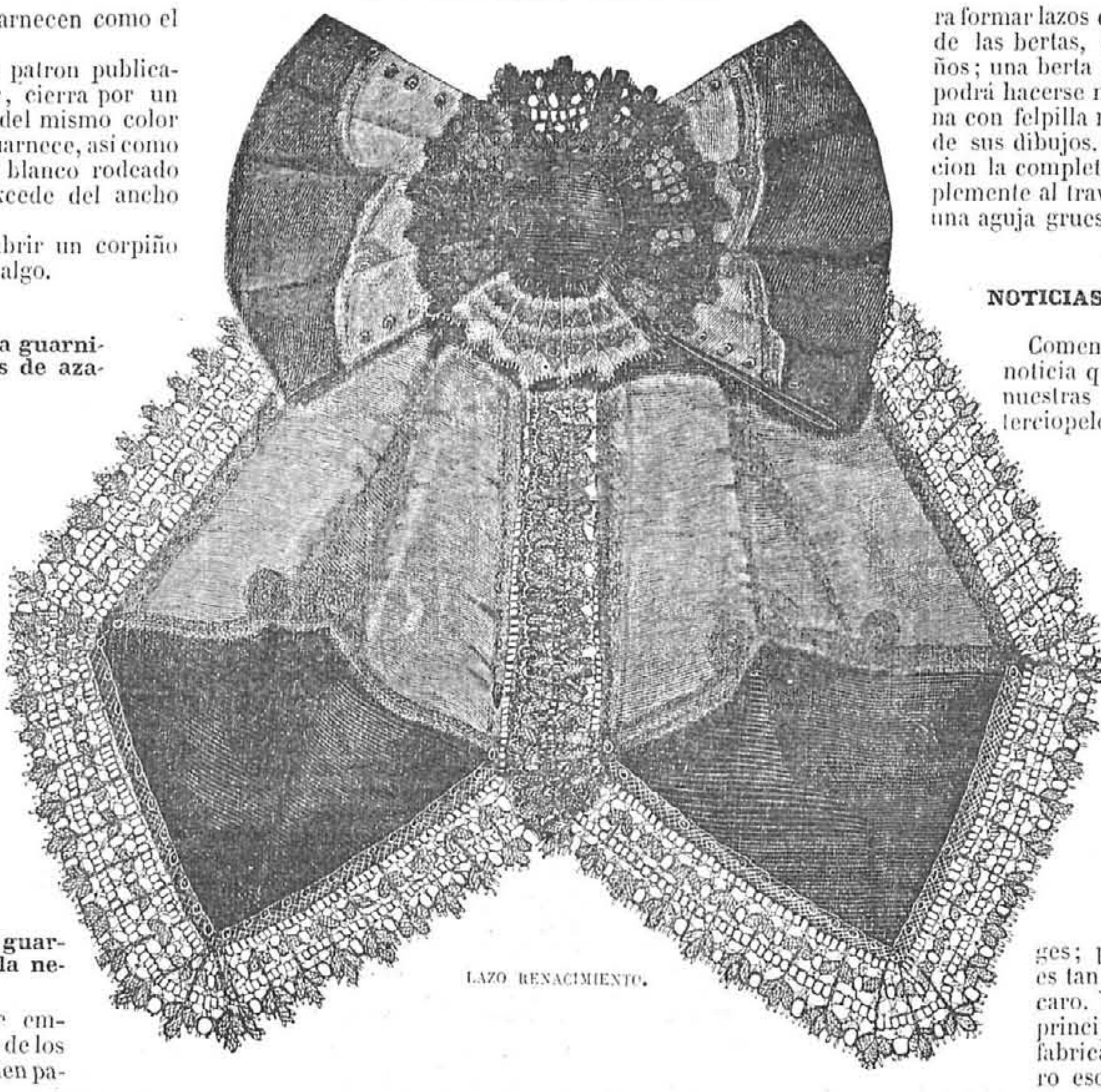
Este canesú sirve para cubrir un corpiño escotado que se haya ajado algo.

Tira de encage negro para guarnicion, adornada con cuentas de azabache.

Un encage para guarnicion ó adorno de cabeza, ora sea verdadero ó imitado, se hace mucho mas elegante si se le añaden cuentas de azabache; el dibujo adjunto servirá de guia para el adorno, que debe siempre armonizar con el dibujo del encage; una cuenta de azabache está colocada en cada una de las hojas que forman las rosetas del borde de nuestro modelo; la rama del centro está tambien adornada de trecho en trecho con tres cuentas, que forman bayas pequeñas.

Tira de encage blanco para guarnicion, adornada de felpilla negra.

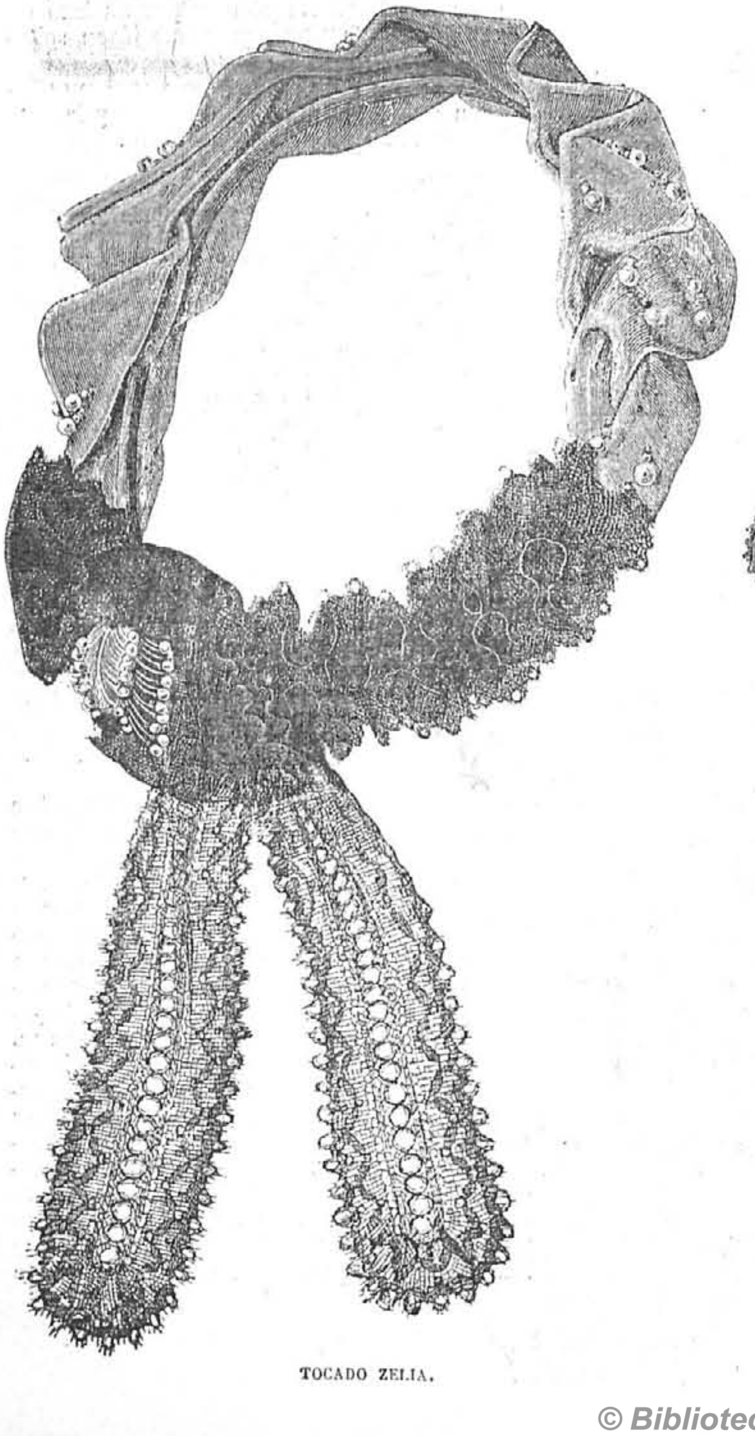
Se sabe que estas tiras se emplean hoy en la mayor parte de los peinados, y que sirven tambien para formar lazos colocados en la parte anterior de las bertas, de los fichús y de los corpiños; una berta de encage de seda algo ajada podrá hacerse muy presentable si se le adorna con felpilla negra siguiendo los contornos de sus dibujos. El que unimos á esta indicacion la completará. La felpilla se pasa simplemente al través del encage por medio de una aguja gruesa.



LAZO RENACIMIENTO.

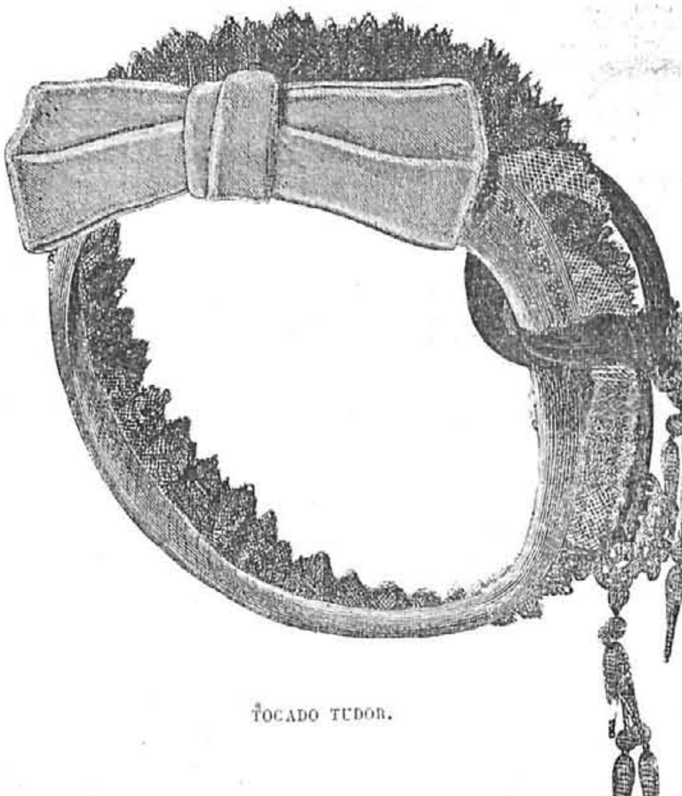
NOTICIAS DE MODAS DE PARIS.

Comenzamos este artículo con una noticia que nos parece debe ser útil á nuestras lectoras. Sabido es que el terciopelo negro, dispuesto en tiras anchas ó estrechas, en festones, en losanges ó en enrejados, se encuentra hoy en la mayor parte de las guarniciones, ya de trages de calle, ya de baile ó espectáculo, y hasta en los vestidos de niños. Pero este adorno era siempre de un precio muy alto; ahora se fabrica un terciopelo llamado *inglés*, en tiras de todos anchos, y de un precio bastante mas módico, puesto que las tiras de 15 centímetros de ancho cuestan en Paris un franco y 25 céntimos por metro. Este terciopelo inglés es muy suficiente para guarniciones de trages; por la noche espec almente es tan bello como el terciopelo mas caro. Yo creo que el algodon es el principal elemento que entra en la fabricacion de este terciopelo; pero eso importa poco; lo que sí im-



TOCADO ZELIA.

N.º 1.—TOCADO VALOIS.



TOCADO TUDOR.

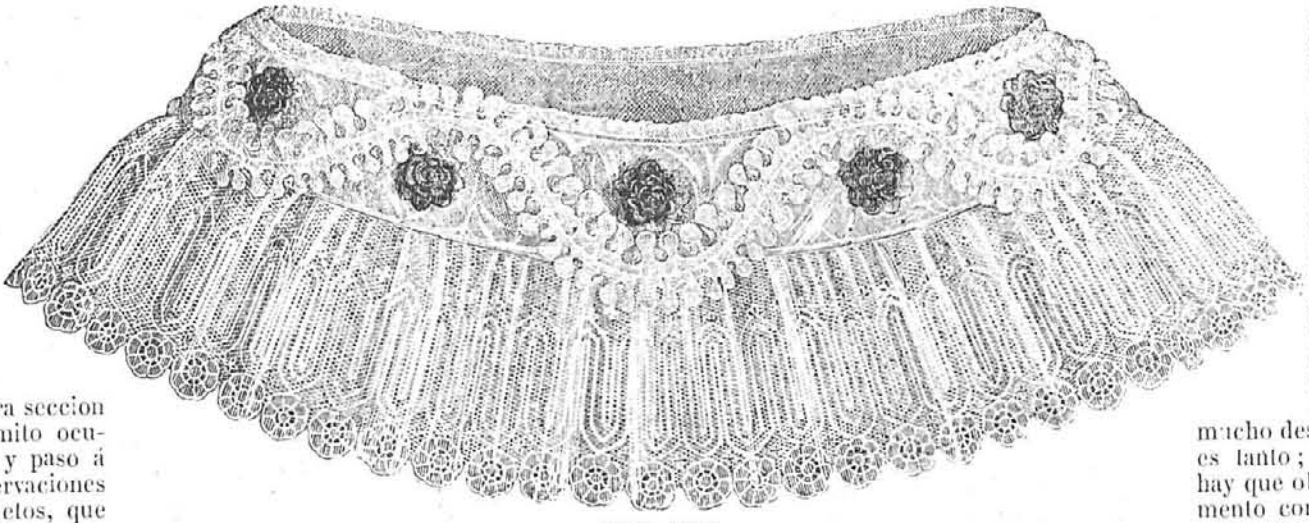
N.º 3.—LAZO DEL TOCADO VALOIS. (Tamaño natural.)

© Biblioteca Nacional de España

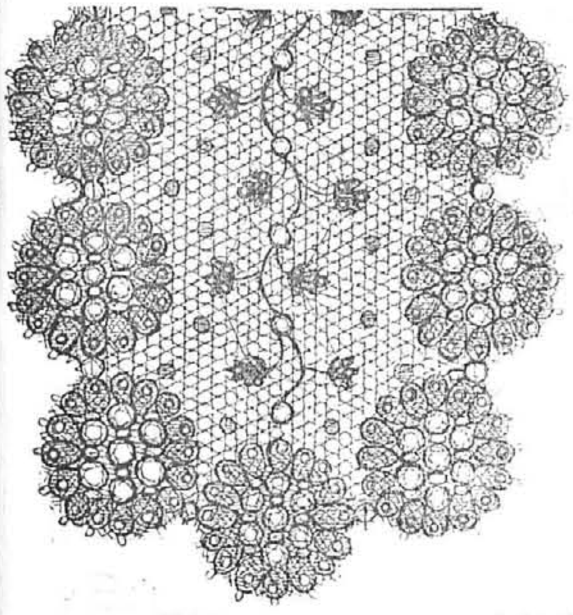
porta es ser lo mas elegante posible y gastar lo menos que se pueda y sino me engaño, mi mision es aquí proporcionar todos los medios y dar todos los consejos necesarios para conseguir semejante objeto.

Como cuanto se refiere á trages, sombreros peinados y adornos de todas especies tiene su lugar designado en otra seccion de este per ódico, omito ocuparme aquí de ello, y paso á exponer algunas observaciones sueltas relativas á objetos, que sin ser de la clase dicha, entran sin embargo en las atribuciones de la moda.

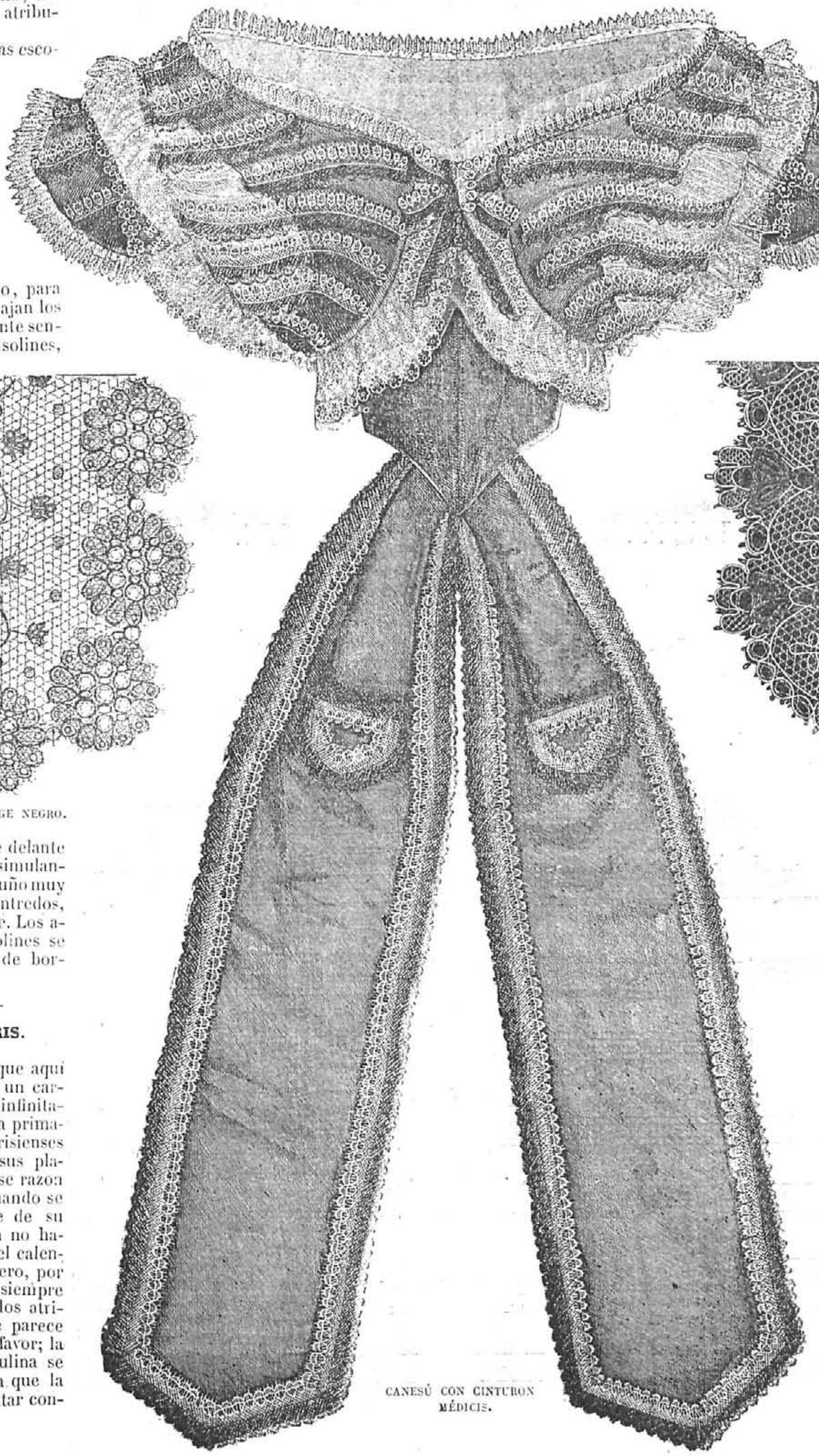
He visto varias camisas escotadas, que en vez de cerrarse por delante se abotonan sobre el hombro, combinacion ingeniosa y útil, si se tiene en cuenta lo muy escotados que son los corpiños de hoy: este modo de cerrarlas permite en efecto hacer á las camisas menos montantes en caso necesar:o, para lo cual se quitan ó se bajan los botones, lo que es bastante sencillo. — Entre los camisolines,



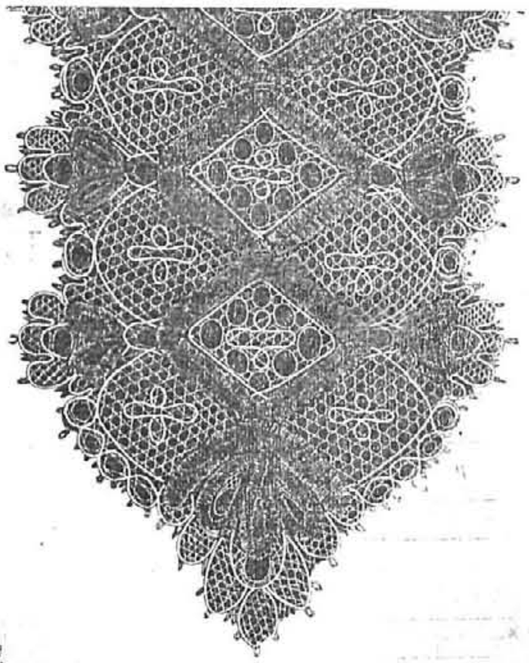
BERTA VIOLA.



TIRA DE ENCAGE NEGRO.



CANESÚ CON CINTURON MÉDICIS.



TIRA DE ENCAGE BLANCO.

los hay con la parte de delante plegada, y con mangas simulandó vueltas, ó bien con puño muy ancho, compuesto de entredos, de bordado y de encage. Los adornos de estos camisolines se hacen frecuentemente de bordado inglés.

CRONICA DE PARIS.

Es supérfluo decir que aqui se ha bailado mucho: un carnaval sin bailes fuera infinitamente mas raro que una primavera sin flores. Los parisienses son tan metódicos en sus placeres, que pud:era darse razon de su existencia aun cuando se estuviese muy distante de su ciudad; para adivinarla no habia mas que consultar el calendario. El mes de febrero, por ejemplo, se presenta siempre acompañado de todos los atributos de la danza, que parece volver á entrar algo en favor; la jóven generacion masculina se presenta mas dispuesta que la que le precedió á ejecutar concienzudamente las figuras de una contradanza y los saltados pasos de una polka: sépanlo los jóvenes: los aires desdeñosos, las actitudes graves y melancólicas, han entrado ya en el número de las modas anticuadas. —La moda actual quiere que los hombres sean jóvenes, no solo á los 20 años, lo cual parece bastante lóg:co, sino m:cho despues, lo cual no lo es tanto; el justo medio que hay que observar en este momento consiste en conducirse cada uno segun su edad, esto es, en bailar cuando uno es jóven, y en dejar que sus hijos bailen cuando llegan á la edad competente.

Por lo demás, se ha bailado sobre todo en las regiones oficiales; los particulares han tenido menos recepciones que las de costumbre por varias razones. —Ha habido dos bailes por semana en las Tullerías: el lunes se consagraba á las reuniones intimas, el miércoles á las recepciones generales. Los bailes del lunes se componian, á lo mas, de cuatrocientas personas; quizá seria necesario añadir á este número un cero para tener el guarismo que representase los convidados recibidos los miércoles. Semejante enorme afluencia perjudica siempre al buen efecto y placer de toda reun:on: es d fícil, no solo bailar, sino hasta circular, y allí no há habido otra indemnizacion sino la de admirar el aspecto de aquellos resplandecientes salones, animados con el brillo de tantos uniformes franceses y extranjeros, trages de corte, femeninos equipos, y, lo que es mas admirable que todo eso, la exquisita distincion de la Empératriz: en uno de los últimos bailes llevaba todos los diamantes de la corona, mezclados con guirnaldas de lirios cárdenos, y colocados sobre un trage de tul blanco: se veian aquellas deslumbrantes pedrerias, pero no se las miraba, porque el aspecto gracioso y digno de S. M. se llevaba exclusivamen-

© Biblioteca Nacional de España

te tras sí los ojos.

Capítulo de otra cosa.

Si en otro lugar del periódico me veo forzada á consignar todas las innovaciones y evoluciones de la moda, aquí, con mayor independencia, puedo permitirme el reir un poco de la fisonomía general que presentan los actuales atavíos, los cuales, desde el punto que se inclinan á la exageracion, se hacen tan burlescos. Las modas, y sobre todo los peinados de este invierno, parecen haber sido creados, no para embellecer á las mujeres, sino para probar su temeridad; las jóvenes lindas los han adoptado como para demostrar que podian ser lindas, aun á despecho de sus esfuerzos para afearse; las otras, las que no son lindas, no quieren parecer mas tímidas, y adoptan valerosamente todos esos pérfidos adornos, todas esas arriesgadas guirnaldas, todos esos peligrosos bandós; las cabezas femeninas ofrecen hoy el aspecto uniforme y poco gracioso de una olla con dos asas, la una delante, en lo alto de la frente, y la otra inclinada con negligencia sobre el cuello; los lados están aplastados, los cabellos tirados hácia atrás, de modo que dejen al rostro sin nada que lo rodee, sin nada que lo proteja; las castañas caen casi sobre la espalda, y un cuerno amenazador, compuesto de flores ó de plumas, se alza orgulloso en lo alto de la frente; esas caras largas, biliosas, flacas, sobre las cuales se levanta una rosa como un plato sopero, pueden muy bien compararse á un bizcocho compuesto adornado con su floron artificial en medio. En una palabra, la moda actual destruye todos los cálculos y combate las opiniones mas acreditadas, probando que la gracia parece á las mujeres menos esencial que la novedad.

EMMELINE RAYMOND.

Compasion para la desgracia.

Un accidente desastroso y lamentable, acaba de sumir en la mayor desgracia á una distinguida colaboradora nuestra, á una notabilísima novelista española, á la Sra. D.ª Robustiana Armiño de Cuesta, cuyas producciones tan bien conocen y en tan alto precio estiman los habituales lectores de nuestro periódico.

La circular que abajo trascribimos, hará conocer cuánta sea la extension de la pérdida que ha experimentado aquella digna señora, y con cuánto dolor habrá visto desvanecerse como el humo y consumirse en breves instantes la pobre fortuna reunida á costa de ímprobas tareas, de incansable laboriosidad.

Recomendamos á nuestros favorecedores á esta madre de familia, á esta escritora ilustre, que va á hablar por sí misma, apelando á los sentimientos de todos los nobles corazones.

La circular dice así:

«El miércoles 5 del corriente marzo, un voraz incendio, desapercibido en su principio é irremediable despues de conocido, consumió mi pobre fortuna reunida á costa de mil sarcrificios, y con la que contribuia muy principalmente al sustento y educacion de mis cinco hijos.

Libros, mapas, manuscritos y 24,000 entregas de las *Fotografías sociales* que hace un año vengo publicando, han desaparecido; no habiendo perdonado el fuego un solo ejemplar completo de la primera ni de la segunda serie.

Privada tan cruelmente del fruto del trabajo de muchos años; obligada á reimprimir inmediatamente la obra, á fin de servir á mis suscritores, me resigné con mi desgracia y traté de buscar medios con que vencer tan críticas dificultades. Pero siendo inútiles mis gestiones, aconsejada por amigos respetables esta madre y esposa afligida; fiándolo todo á la proverbial generosidad de sus paisanos, se decide á invocarla por medio de una suscricion entre los mismos, como recurso extremo para atenuar en parte su desgracia.

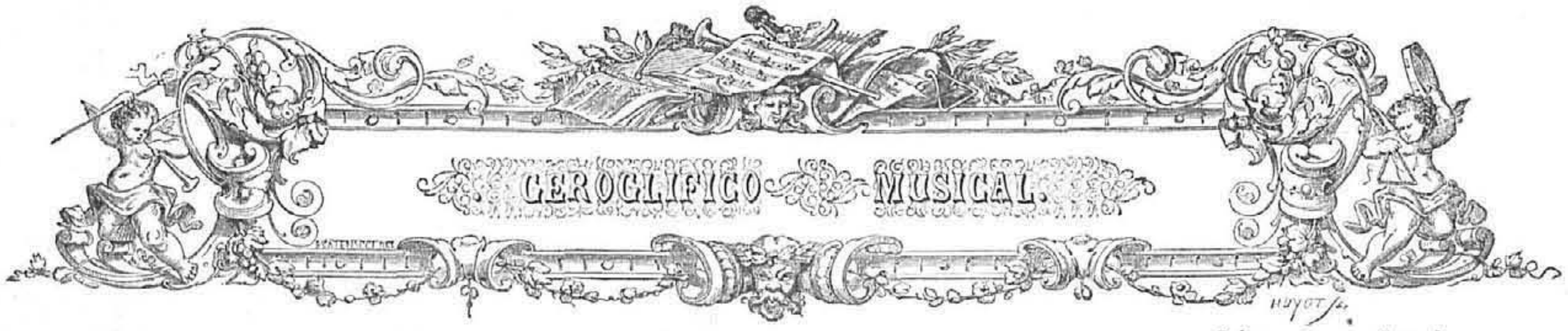
ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

Puntos de suscricion en Madrid. Librería de Cuesta, calle de Carretas n.º 9.

En Oviedo; Botica de D. José Sarandeses, plaza Mayor.

Y por carta á la interesada—Madrid calle de Calatrava n.º 15—2.º

La suscricion se hará expresando el nombre del sugeto y la cantidad, á fin de publicar uno y otra para satisfaccion de los interesados.»

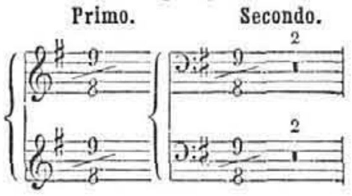


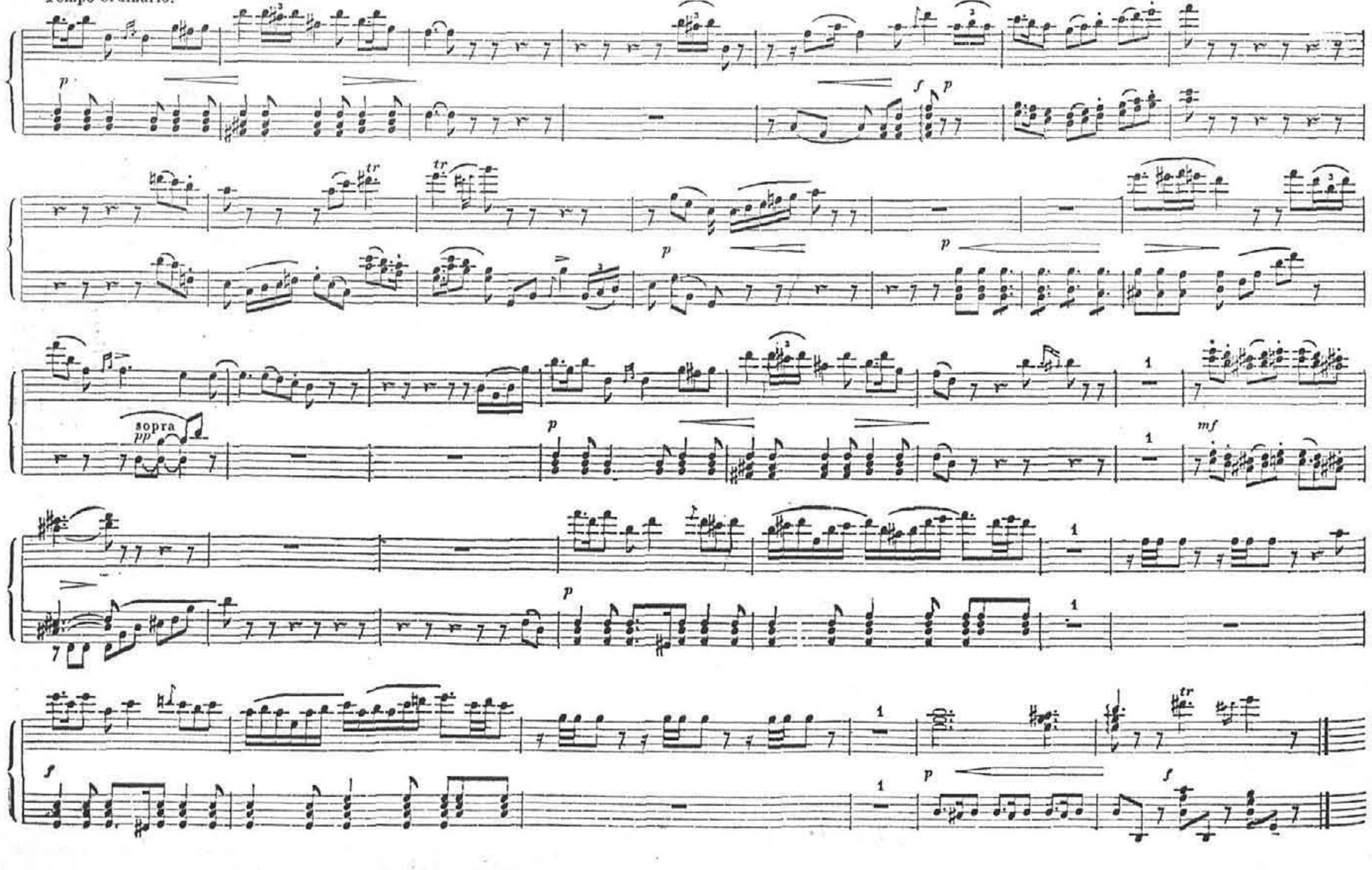
GEROGLIFICO MUSICAL

A cuatro manos, por H. DORN.

DUETTINO PASTORALE.

per il clavicembalo.



Tempo ordinario.

LA PIERNA DE PALO.

POR H. ZSCHOKKE.

I.

Durante el otoño de 1782 el cirujano Luis Thevenet, establecido en Calais, fué llamado á una casa de campo situada cerca del camino de Paris, con todos los instrumentos necesarios para practicar una amputacion.

Thevenet era conocido en todo el contorno por su habilidad en su arte, y no era raro que le llama[illegible] á la otra parte del estrecho para las operaciones mas difíciles.

Esta vez se habian dirigido á él por medio de un billete anónimo, que sorprendió sobremanera al cirujano. El dia, la hora y el lugar estaban indicados del modo mas preciso, pero la firma faltaba.

—Sin duda es alguno que quiere darme un chasco, dijo para sí, y no acudió á la cita.

Tres dias despues recibió otra esquela en que le suplicaban con mas urgencia que antes, que se preparase para el dia siguiente á las nueve de la mañana, hora en que un carruaje le esperaria delante de su casa.

En efecto, cuando á la otra mañana dieron las nueve, Thevenet vió llegar un elegante coche descubierto, y sin reflexionarlo mas subió á él para ponerse en camino.

Sin embargo, antes de partir, preguntó:

—¿A casa de quién me llevais?

—*Things unknown to me. I am not concerned.*

Lo que quiere decir poco mas ó menos: «Lo ignoro, y es cosa que no me concierne.»

Era un inglés.

—¡Sois un insolente! exclamó Thevenet.

El carruaje se detuvo por fin en la casa indicada en el billete anónimo.

—¡Pero á quién voy á ver? ¿quién vive aquí? ¿quién está enfermo? preguntó Thevenet al cochero antes de apearse.

—Este repitió su primera contestacion, y el doctor le dió gracias como la otra vez.

En la puerta de la casa fué recibido por un hermoso jóven de unos veinte y ocho años, cuyo acento indicaba su orígen británico, y este le introdujo en un vasto salon.

Thevenet se dirigió en inglés al jóven, quien le respondió muy afable.

—¿Vos me habeis llamado? preguntó Thevenet.

—Os agradezco mucho el trabajo que os habeis tomado por venir á verme, respondió el inglés. Sentaos, si gustais. Aquí teneis chocolate, café y vino, por si deseais tomar alguna cosa antes de la operacion.

—Mostradme primero al enfermo, para que vea yo si la amputacion es necesaria.

—Es muy necesaria, M. Thevenet. Hacedme el favor de sentaros y escuchadme. Tengo en vos una entera confianza. Aquí os presento un bolsillo que contiene cien guineas, que serán vuestros honorarios por la operacion que vais á practicar, y no me quedaré aquí si la terminais felizmente; pero en el caso contrario, ó bien si os negais á satisfacer mi deseo, hé aquí una pistola bien cargada... os hallais en mi poder... y tan cierto como nos alumbra el sol, os mato.

—Vuestra pistola, señor mio, no me da miedo. Pero en fin, ¿qué quereis de mí? Vamos al grano, sin preámbulos. ¿Qué tengo yo que hacer en vuestra casa?

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE TAFETAN VIOLETA CLARO.—La enagua está guarnecida con dos tiras de terciopelo negro (una de 8 y otra de 7 centímetros de ancho) rodeadas de guipur negro estrecho, puesto plano, esto sin fruncido. La primera de estas tiras forma una especie de medallon en el lado derecho; la segunda forma otro medallon semejante encima del primero; despues, describiendo un ángulo por cada lado del medallon, sube la tira hasta el corpiño. Este se guarnece con un cinturon Médicis de terciopelo negro. Tiras de terciopelo negro están dispuestas en el delantero del corpiño y en la sisa de las mangas, desde donde se continúan sobre las mangas mismas formando dos medallones. La parte inferior de las mangas va orlada tambien con una tira de terciopelo negro y guipur.

TRAGE DE TAFETAN VERDE MIRTO.—La enagua está adornada por abajo con un volante de guipur negro, puesto casi plano, y sobre él corre una tira de tafetan negro, orlada á un lado y otro por un guipur negro estrecho; esta tira está fruncida en su ancho de trecho en trecho. Sobre cada fruncido se coloca de arriba abajo un lazo de cinta de terciopelo negro. Mangas guarnecidas como la enagua. La misma guarnicion se repite sobre el corpiño.

© Biblioteca Nacional de España

—Es preciso que me corteis la pierna derecha.

—Con mucho gusto, caballero, y si quereis, la cabeza tambien. Pero francamente, si no me engaño, creo que la pierna no necesita semejante amputacion. Habeis subido delante de mi la escalera con la presteza de un bailarin. ¿Qué es lo que le falta á la pierna?

—Nada; yo deseo que ella me falte á mi.

—¿Estais loco?

—Eso no os importa, M. Thevenet.

—¿Qué crímen ha cometido esa hermosa pierna?

—Ninguno, pero ¿estais decidido á cortármela?

—Caballero, no os conozco. Presentadme testigos que me certifiquen que os hallais en vuestro sano juicio.

—¿Quereis hacer lo que os pido, sí ó no?

—Lo baré en cuanto me hayais dado una buena razon para muti'aros de ese modo.

—No puedo deciros ahora la verdad, quizá lo sabreis dentro de un año... y desde ahora apuesto que dentro de ese tiempo vos mismo confesareis que me asistian los motivos mas nobles para deshacerme de esta pierna.

—Yo no apuesto nada, si no me dais vuestro nombre, vuestra morada, vuestra familia y vuestra profesion.

—Todo eso lo sabreis mas tarde.

—No, señor, ahora mismo.

—Lo que es ahora no sabreis nada. Una pregunta: ¿me teneis por un hombre honrado?

—Un hombre honrado no amenaza á su médico con pistólas. Yo tengo deberes que cumplir aun con aquellos á quienes no conozco, y no os mutilaré sin necesidad. Si quereis ser el asesino de un padre de familia, aquí teneis mi pecho, matadme.

—Bien, M. Thevenet, dijo el inglés recogiendo su pistola. No dispararé contra vos, pero os obligaré sin embargo á que me corteis la pierna. Lo que no quereis hacer ni por condescendencia hácia mi, ni por dinero, ni por miedo de una bala, me lo concedereis por compasion.

—¿Y cómo será eso?

—Yo mismo me mutilaré; me tiraré un balazo en la pierna; aquí mismo, á vuestros ojos.

Y al decir estas palabras, el inglés se sentó con la mayor serenidad y aplicó á la rodilla la boca de su pistola.

Thevenet quiso levantarse para contenerle.

—No os movais, dijo el inglés ó disparo. Respondedme á esta última pregunta: ¿quereis aumentar y prolongar inútilmente mis dolores?

—Estais loco, pero debo acceder á vuestra voluntad. Os cortaré esa maldita pierna.

Y dispuso lo conveniente para la operacion.

En el instante en que la iba á comenzar, el inglés pidió su pipa y juró que no dejaria de fumar mientras operase el cirujano.

Y cumplió su palabra: cuando la pierna cayó al suelo, el inglés fumaba todavía.

M. Thevenet dió otra prueba mas de su ciencia consumada; el enfermo, gracias á él, sanó en muy corto tiempo. La recompensa fué crecida, el inglés apreciaba cada dia mas al cirujano, y con lágrimas de alegría le dió gracias porque le habia cortado la pierna.

II.

Cinco meses habian transcurrido cuando M. Thevenet recibió de Lóndres una carta concebida en estos términos:

«En testimonio de mi viva gratitud os envio adjunta una letra de cambio de 250 guineas contra M. Pauchaud, banquero en Paris. Me habeis hecho el mas dichoso de los hombres cortándome un miembro que era el único obstáculo para mi felicidad.

¡Cuán bueno sois! Ahora vais á saber los motivos de mi loco capricho, como vos deciais. Entonces estábais empeñado en sostenerme que no podia yo tener una buena razon para exigir la mutilacion de una pierna enteramente sana. Os propuse una apuesta, y no anduvisteis descaminado en no aceptarla.

Al regreso de mi segundo viaje á las Indias Orientales conocí á Emilia Harley, la mujer mas recomendable bajo todos conceptos que puede haber en el mundo. Yo la adoraba. Su fortuna y sus relaciones de familia deslumbraron á mis padres; yo, por mi parte, no veia mas que su hermosura y su carácter angelical. Entré pues á figurar entre la multitud de sus adoradores. ¡Ay! mi querido M. Thevenet; fui bastante feliz para llegar á ser el mas desgraciado de mis rivales: Emilia me amaba, me preferia á todos los demás, no lo disimulaba, y por esto mismo me negaba sus favores. Vanamente pedí su mano; vanamente sus padres y sus amigos intervinieron en mi favor, ella permaneció inflexible en su resolucion.

Durante largo tiempo no pude descubrir los motivos que tenia para rechazar un enlace conmigo, cuando segun declaraba ella, me amaba con extremo; mas al fin vine á saber el secreto por una de sus hermanas. Miss Harley era un prodigio de hermosura, pero tenia un defecto de nacimiento, la faltaba una pierna, y á causa de esta imperfeccion se obstinaba en no casarse conmigo, temiendo que mas tarde debiera yo quererla menos.

Al punto me decidí; quise que los dos estuviéramos iguales, y gracias á vos mi querido M. Thevenet, lo estamos.

Volví á Lóndres con una pierna de palo muy bien hecha y perfectamente disimulada. Mi primer cuidado fué visitar á mis Harley. Antes habia yo escrito á Inglaterra, y la noticia habia circulado que me habia roto una pierna en una caida de caballo y me la habian tenido que amputar. Todos me compadecian, y Emilia cayó desmayada la primera vez que me vió. Durante algun tiempo estuvo inconsolable, pero hoy es mi esposa. Al siguiente dia de mi matrimonio, la confié el sacrificio que me habia inspirado el deseo de su posesion, lo que aumentó el amor que me tenia. ¡Oh! mi querido Thevenet, si tuviera mas piernas que perder, las daria sin vacilar por casarme con Emilia.

Toda mi vida os estaré profundamente agradecido. Si alguna vez venis á Lóndres os ofrezco mi casa. Conocereis á mi hechicera esposa, y no volvereis á decir que me faltaba mi sano juicio.—CARLOS TEMPLE.»

M. Thevenet contó la anécdota y mostró la carta á sus amigos, riéndose locamente cada vez que se trataba del asunto.

—¡Y sin embargo, continúa siendo loco! decia el facultativo.

III.

Hé aquí cuál fué su respuesta:

«Os doy mil gracias por vuestro magnífico regalo, y debo llamarlo así, pues no puedo considerarlo como honorarios del escaso trabajo que tuve.

Os felicito por vuestro enlace con la mas encantadora de las inglesas, y deseo que seais dichoso. Es mucho dar una pierna por una mujer hermosa, tierna y llena de virtudes, y sin embargo no es demasiado cuando no se acaba por arrepentirse de lo hecho. Adan debió pagar la posesion de su mujer con una de sus propias costillas. ¡Cuántos hombres ha habido despues á quienes la dama de sus pensamientos ha costado una costilla y aun la cabeza!

De todos modos, permitidme que me atenga humildemente á mi antiguo parecer; seguramente, en este momento teneis razon, estais todavía en el paraiso de la luna de miel, pero yo tambien, con la única diferencia de que mi sentimiento no se justificará sino muy lentamente, como toda cosa que se vacila largo tiempo en aceptar.

Cuidado no os arrepintais antes de dos años de haberos mandado cortar la pierna por encima de la rodilla; mi cálculo es este: pienso que dentro de poco se os ocurrirá que lo mismo habria sido cortarla por debajo; que dentro de tres años estareis convencido de que habria bastado la pérdida de un pié; que dentro de cuatro años reconocereis que el sacrificio del dedo gordo era ya demasiado; que dentro de cinco años pensareis lo mismo acerca del dedo meñique, y por último, que dentro de seis vendreis á confesarme que habria bastado cortaros una uña.

Todo esto sea dicho sin herir en nada el mérito de vuestra hechicera esposa. La belleza y la virtud de las mujeres pueden tener mas duracion que los fallos de los hombres. En mi juventud yo habria dado diariamente mi vida por la mujer que amaba; pero jamás habria dado una pierna; jamás habria deplorado el primer sacrificio, y el segundo le habria llorado hasta mi última hora, pues si le hubiera consumado, aun hoy me diria:

«Thevenet, estabas loco.»

Y sin otra cosa, se ofrece á sus órdenes su muy atento y humilde servidor,—J. THEVENET.»

IV.

En 1793 durante el terror revolucionario, Thevenet delatado como sospechoso por un médico mas jóven, llegó á Lóndres para salvar su sabeza de la guillotina, y para distraerse y crearse relaciones, preguntó por sir Cárlos Temple.

Una vez que supo su morada se presentó y fué recibido despues de declarar quién era. En un sillon que estaba junto á la chimenea habia sentado un hombre muy grueso, y tenia al lado una botella de porter con un monton de periódicos. Apenas pudo levantarse, tal era su peso.

—¡Ah! bien venido seais, M. Thevenet, gritó el hombre grueso, que era el mismo sir Temple; permitidme que permanezca sentado, pues esta maldita pierna de madera no me deja hacer nada. ¿Venis sin duda, amigo, para ver si *vuestra* opinion se ha justificado?

—Vengo como un fugitivo para pediros un asilo.

—Vivireis en mi casa y me consolareis, pues á la verdad sois un hombre de mucha sabiduría. Seguramente, M. Thevenet, hoy seria yo almirante sin esta maldita pierna de palo que me ha hecho incapaz de servir á la patria. Leo los periódicos y no hago mas que jurar porque no soy nada en este mundo. Quedaos conmigo y me consolaré.

—Vuestra esposa sabrá consolaros mejor que yo.

—No por cierto. Su pierna de madera le impide bailar, y está entregada á los naipes y á la chismografía. No puedo hacer nada de ella. Por lo demás, es una excelente señora.

—¿Con que yo tenia razon?

—Seguramente, mi querido Thevenet, pero dejemes eso; he hecho una tontería, y se acabó. Que me devuelvan mi pierna y vereis si doy ahora ni siquiera una roedura de una uña. Entre nosotros sea dicho. ¡estaba loco! pero... guardadme el secreto de esta confesion.

(Traducido del aleman por H. DE S.)

NOVELA.

—1—

EL DOCTOR ANTONIO.

I.

GRANDES Y PEQUEÑOS.

Un hermoso dia del mes de abril de 1840, un coche de viaje, lanzado al galope de cuatro caballos briosos, seguia estrepitosamente el camino de la Cornisa, que pasado por el litoral occidental de la Riviera de Génova, conduce de esta ciudad á Niza.

Pocas carreteras hay en Europa de un trayecto mas pintoresco y que reunan como esta tres elementos incomparables de belleza natural: el Mediterráneo por un lado, los Apeninos por el otro, y los esplendores de un cielo de Italia. La mano del hombre ha hecho cuanto ha podido, si no para rivalizar con la naturaleza, al menos para no quitarla nada de sus gracias.

Pueblos y aldeas en número crecido, unos en la márgen del rio bañando sus piés en las ondas plateadas, otros diseminados como un rebaño en los flancos de la montaña ó por sus crestas abruptas; aquí y allá una ermita solitaria en lo mas empinado de una roca batida por las aguas, ó medio perdida en una selva de verdura á la entrada de algun valle: palacios de mármol que surgen de repente en medio de las doradas viñas, de los jardines, de los bosquecillos de limoneros ó naranjos; miles de *casini* de paredes blancas y celosías verdes esparcidos por las colinas estériles en otro tiempo, y hoy guarnecidas de olivares, gracias á un ingenioso sistema de terrados; en una palabra, todo lo que es obra del hombre demuestra aquí la actividad y el genio de una raza eminentemente artística y dotada de grandes cualidades.

El camino, obedeciendo á las caprichosas sinuosidades de la costa, es irregular y tortuoso. Unas veces al nivel del mar, pasa por entre cercados de tamarindos y aloes; otras, socavando el flanco de alguna montaña escarpada cubierta de sombríos pinares, se eleva á tal altura, que el ojo vacila en medir la profundidad del abismo; aquí se hunde en galerías cortadas en la peña viva desapareciendo totalmente para salir mas lejos sobre una vasta extension de tierra, de cielo y agua; allí forma un recodo y parece á punto de abrirse un paso al través de la montaña; luego de repente se lanza en una direccion opuesta, como si quisiera precipitarse en la mar.

La variedad de los paisajes, que resultan para el viajero de este continuo cambio de posicion, no podria compararse sino con las variedades infinitas del kaleidóscopo. ¡Ah! Si pudiéramos dar á este boceto un poco del verdadero colorido del país, ¡qué cuadro hariamos! Pero debemos renunciar á una pintura tan brillante. Las palabras son impotentes para demostrar la esplendorosa trasparencia de esta atmósfera, la trasparencia de el cielo, el azulado oscuro de ese mar, las suaves graduaciones de tonos que cubren con matices infinitos las mil ondulaciones de esas montañas á medida que se sobreponen unas sobre otras. Apenas el pincel de un Stanfield ó de un Azeglio podrian cumplir una tarea semejante.

El carruaje de que acabamos de hablar corria por esos sitios encantados. En un coche hermoso y elegante, como solo se hacen en Lóndres, ligero, con buenos resortes, ancho, confortable y con todos los accesorios que ponen en evidencia el rango y la fortuna de su amo,

© Biblioteca Nacional de España

desde los blasones de complicados emblemas, con la mano armada, que descubrian desde luego la posicion de los viajeros en la escala social de la Gran Bretaña, hasta la jóven camarera y el criado de una corpulencia razonable y sin librea, que sentados detrás, dejaban adivinar fácilmente su apreciacion respectiva de la bella naturaleza que les rodeaba por el plácido sueño á que estaban entregados.

Los dos personajes del interior, un gentleman de cierta edad y una jóven (sin duda un padre y una hija), parecian tan indiferentes como sus criados á las bellezas exteriores del camino que llevaban. Medio envuelta en un monton de almohadones y de pañuelos, la jóven en una postura cómoda trataba de dormir; pero aunque la fatiga la habia arrebatado sus colores, y aunque el círculo azulado de sus ojos denotaba suficientemente una necesidad imperiosa de reposo, el sueño se mostraba rebelde.

La jóven extranjera ofrecia una muestra magnífica de un tipo de hermosura que suele encontrarse en Inglaterra, sobre todo en las clases elevadas; un tipo que reunia caractéres incompatibles en apariencia, un sello de distincion, pariente muy próximo del orgullo, y una suavidad de contornos casi ideal.

El aire de languidez que se veia en toda su persona, daba á su fisonomía un encanto particular, un atractivo irresistible. La naturaleza, al crearla tan hermosa, parecia haber escrito «frágil» en todos sus rasgos. La imperceptible red de venas azules que jaspeaba sus sienes, el tierno azul de sus ojos, el colorido trasparente de su cutis indicaban muy claro el brillo fugitivo de una flor delicada.

Sus cabellos, cuyos bucles impacientes querian abrirse por entre la gasa bordada que los cubria, tenian ese rico color de oro que solo se encuentra en los querubines de los maestros de la escuela Italiana. Para decirlo todo de una vez, presentaba el conjunto mas gracioso y mas suave que ha podido verse, la apariencia corpórea que habria elegido un ángel condenado á tomar nuestra forma mortal: es decir, en lo material únicamente lo justo para atestiguar su humanidad, y sin embargo, suficientemente trasparente para que se conociera su origen divino.

Sir John Davennne (así se llamaba el anciano gentleman sentado junto á la hermosa criatura) se hallaba sumergido en un abismo de reflexiones sin duda poco agradables, pero muy tenaces, y del que nada podia sacarle, si no es el ruido de una tosecilla seca, que aunque disimulada lo mas posible, despertaba inmediatamente su inquieta solicitud de padre. Entonces se volvia hácia su jóven compañera, y con una voz llena de ternura la preguntaba si estaba peor, la dirigia algunas palabras de consuelo y arreglaba sus pañuelos y sus almohadones.

El exterior del padre tenia tambien en su género algo que prevenia en su favor. Un cutis de una frescura casi femenina, ojos de un color azul claro, una frente espaciosa apenas sombreada á cada lado por dos mechas de cabellos canos, un aire vigoroso á pesar de sus cincuenta y siete años, en una palabra, todo en su persona producia á primera vista una impresion agradable.

Pero poniendo mas atencion, no se tardaban en descubrir ciertas irregularidades en aquella superficie tersa. La frente blanca y lisa como el mármol era elevada, pero era tambien estrecha y en escape como las de Jorge III y Cárlos X. Aquella frente, rasgo característico y hereditario en la família del baron, no mentia la promesa de terquedad que en ella se veia grabada; bajo este concepto, seguramente habria hecho honor á las testas coronadas que hemos mencionado. Los ojos, de un azul claro, eran demasiado saltones y redondos. La nariz, delgada y aguileña, se adelgazaba hácia las ventanillas. En suma, la expresion general de la fisonomía parecia indicar que como dice Shakespeare, «el viento se interponia entre la nobleza del gentleman y el barro de que están hechos los demás hombres».

Por los latigazos prolongados del postillon, y por el ruido del empedrado por donde corria el coche en aquel instante, se conocia que acababa de entrar en una ciudad. Un ¡oh! formidable lanzado por el cochero del aristocrático vehículo advirtió al invisible calesero de un mezquino *calessino* de dos ruedas delante de la casa de postas, que dejara el puesto al rico carruaje. Fuera el efecto mágico que producen los blasones aun de lejos, fuera simplemente que estuviera de prisa el calesero, lo cierto es que éste obedeció la órden de dejar el campo libre, y se alejó con toda la velocidad de que era susceptible su caballo de crines descuidadas.

La camarera y el criado se apearon y se presentaron respetuosamente á las portezuelas. La enferma pidió un vaso de agua. La sirvieron, y sir John, despues de haber echado en el agua algunas gotas de un licor que llevaba en un pomito, acercó el vaso á los labios de la jóven.

Al mismo tiempo dos mendigos de profesion, un hombre y una mujer, vestidos de harapos, comienzan una larga letanía de miserias que se termina por el estribillo de que *la Madonna e tutti santi del Paradiso* devolverán diez veces el valor de su caridad á los *buoni beneffatori*.

Miss Davenne busca su bolsillo y pone algunas monedas en la mano de la mujer que estaba por su lado. Sir John arroja algun dinero al suelo para el viejo mendigo. Seguramente el padre y la hija obran movidos bajo el impulso de un sentimiento igualmente laudable. Pero ¡qué diferencia denota en la demostracion de ese sentimiento! Hasta los mendigos la advierten; la anciana hace una reverencia y se sonríe; el anciano recoge el dinero y se aleja con aire indiferente.

—¿Dónde estamos? pregunta Miss Davenne.

—En San Remo, la responden.

Al oir este nombre, sir John hace una mueca desdeñosa; se asoma á mirar la calle y acaba por retirar su cabeza de la portezuela. Si Sir John Davenne hubiera llevado un registro de sus impresiones, sin duda habria escrito una nota de este género:

«San Remo, pueblo de aspecto extraño, calles estrechas, mal empedradas, casas altas, irregulares, habitantes andrajosos, cuadrillas de mendigos, etc.»

Felizmente para la reputacion de San Remo, sir John no escribia sus impresiones.

Durante este tiempo habian enganchado cuatro caballos al coche; pero segun el maestro de postas, la larga distancia de relevo siguiente y las cuestas del camino, exigian que se añadiera otro caballo. Este caballo, que debia ser enganchado delante, manifestó desde luego una aversion profunda por el puesto que le destinaban. Despues de cocear un rato acabó por soltarse, y una vez en libertad echó á correr por la calle, perseguido por los hombres y los pilluelos del lugar; sin embargo, gracias á los esfuerzos combinados de esta gente, pudo ser cogido, traido y enganchado en triunfo á la cabeza de los otros cuatro caballos. El postillon montó entonces en su pesada silla, agitó su látigo con fuerza, y el carruaje se puso en movimiento.

Poco despues nuestros viajeros llegaron á descubrir la calesa que habian dejado en San Remo, y que subia en aquel instante una cuesta larga y escarpada. Era sin duda una curiosa muestra de los medios de trasporte del pais, aquel vehículo de pintura pasada, informe, dislocado; considerándole de cerca, no se comprendia como podia estar en equilibrio.

Entre los dos carruajes la distancia disminuia de un modo muy sensible. El de cuatro ruedas alcanzaba al otro con la velocidad de un vapor que persigue á un barquillo. La densa nube de polvo que cubria el camino amortiguaba el ruido de las ruedas y de los caballos, y hacia mas necesarias que nunca las advertencias ordinarias del látigo del postillon.

Y sin embargo, el postillon no daba señales de vida. Suponia probablemente que el calesero debia presentir la aproximacion de su soberbio vecino y estar alerta, ó bien ocupado como se hallaba entonces en arreglarse el pelo, este trabajo le absorbia de modo que le hacia olvidar su deber. De todos modos, sucedió que el coche inglés, una vez en lo alto de la cuesta, se lanzó de repente al galope, y pasó rozando junto á la calesa. Espantado el caballero de las crines incultas, se arrojó á un lado con tanta fuerza, que si la mano que tenia las riendas hubiese sido un poco menos vigorosa y menos hábil, calesa, caballo y calesero se habrian ido al mar.

La coleccion de epítetos con que el viajero de la calesa saludó la aparicion del carruaje inglés (epítetos que segun el acento con que fueron pronunciados no podian tomarse por bendiciones), manifestó suficientemente su furor contra el postillon y su poco cuidado.

Por fortuna miss Davenne, aunque sabia el italiano, no comprendia el dialecto de la Riviera, pues en otro caso habria tenido que formar un juicio bastante desfavorable sobre la elocuencia local.

Si el encuentro de los dos vehículo habia sacado de sus casillas al potro de las crines largas y al que iba en la calesa, el famoso caballo añadido al coche de sir John no se mostró mas católico. Sea que la alarma fuera contagiosa, sea que el animal le fuese antipático bajar cuestas, lo cierto es que así que se hubo adelantado al *calessino*, su paso no fué mas que una mezcla confusa de galope y de coces á todos lados.

(Se continuará.)

EL NOBLE EN LA MISERIA.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

El jóven preguntó con ansiedad:

—¿Qué tiene de extraño mi pregunta? Me haceis temblar.

—No comprendo vuestra emocion, dijo el notario; pero me parece que la noticia que voy á daros os afligirá profundamente. Apenas me atrevo...

—¿Qué decis? exclamó Gustavo con espanto. Explicaos por Dios; ¿la muerte ha visitado el Grinselhof? ¿Debo renunciar á la única ambicion de mi vida?

—No, no, contestó el notario con presteza; no tembleis así; viven los dos, pero han sufrido una gran desgracia.

—Hablad...

—*Serenaos, repusó el notario; sentaos y oidme: el gol*pe no es tan terrible como pensais, puesto que vuestra fortuna os permite aliviar su miseria.

—¡Alabado sea Dios! exclamó Gustavo con alegría; pero tranquilizadme, vuestra lentitud me tiene en un potro.

—Habeis de saber pues que la letra de cambio en cuestion venció durante vuestra ausencia. El señor de Vlierbecke ha pasado muchos meses haciendo inútiles esfuerzos con el fin de hallar el dinero necesario para satisfacerla. Por otra parte sus bienes estaban hipotecados por cantidades cuyo rédito no podia pagar, y para evitar la vergüenza de una enajenacion forzosa, el señor de Vlierbecke ha subastado todo cuanto poseia, hasta sus muebles. El producto alcanzó á cubrir poco mas ó menos el total de sus deudas, y todos los acreedores han quedado satisfechos, gracias á la noble y leal conducta del deudor que se ha sumergido en la última miseria para dejar en buen lugar su nombre.

—¿De modo que ahora habita el palacio de sus antepasados como un inquilino cualquiera?

—*No, señor; ha salido de allí.*

—¿Y dónde vive?... Quiero verle y hablarle hoy mismo.

—No lo sé.

—¡Cómo! ¿No lo sabeis?

—Nadie lo sabe; han salido de la provincia sin dar parte á nadie de sus proyectos.

—¡Cielos! ¿Qué decis? exclamó Gutavo en el colmo de la consternacion. ¡Ignorar lo que ha sido de ellos! ¿Ah tiemblo, una horrible ansiedad me oprime. ¿Con que nadie puede indicarme su morada?

—Nadie absolutamente, repuso el notario. En la misma tarde de la venta el señor de Vlierbecke salió del Grinselhof á pié y tomó por el monte. Yo he dado algunos pasos despues para descubrir su domicilio, pero todos en vano.

A esta triste noticia el jóven se puso pálido y se estremeció; desesperado se llevó entrambas manos á su rostro como si hubiese querido ocultar dos gruesas lágrimas que corrian de sus ojos. Lo que el notario le habia dicho antes sobre la desgracia del padre de Leonor, aunque afectaba dolorosamente su corazon, le habia herido menos porque conocia ya su miseria; pero la certidumbre de no poder encontrar al punto á su amada para arrancarla de su triste posicion, le daba una pena inaudita y le hacia temblar, porque temia mayores desgracias.

El notario con la vista clavada en el jóven, se encogia de hombros de tiempo en tiempo; por fin le dijo para consolarle:

—Sois jóven, y naturalmente os exagerais las penas y las alegrías. Vuestra desesperacion carece de fundamento; en los tiempos en que vivimos es fácil descubrir á las personas; gastando un poco de dinero, no hay duda que en pocos dias se podrá saber el domicilio del señor de Vlierbecke, aun cuando se oculte en un pais extranjero. Si quereis que yo me informe, no repararé en nada para daros noticias satisfactorias en un corto plazo.

Gustavo fijó en el notario una mirada de gratitud y le dijo con una sonrisa:

—Hacedme ese favor, señor notario; no economiceis el dinero, pero en nombre de Dios haced de modo que sepa yo pronto en dónde se han refugiado el señor de Vlierbecke y su hija. Me es imposible explicaros cuán desgarrado está mi corazon y cuáles son mis deseos de encontrarlos. Podeis estar seguro de que la primera buena noticia que me deis me será mas grata que si me devolviérais la vida.

—Podeis contar conmigo; voy á principiar á trabajar en ello esta misma noche. Mañana me iré á Bruselas y pediré el socorro de la policía: con dinero todo se consigue.

—Yo por mi parte escribiré á todos los corresponsales de nuestra casa de comercio, y haré incesantes esfuerzos para descubrirlos, aun cuando tenga que emprender un largo viaje.

—Cobrad ánimo pues, M. Donecker, dijo el notario; no dudo que dentro de poco habrémos alcanzado nuestro objeto. Ahora que estais seguro de mis buenos oficios, me seria agradable que me permitiéseis hablar un instante con vos de cosas sérias. No tengo derecho para preguntaros cuáles son vuestros planes, y menos aun debo suponer que esos proyectos dejen de ser honrosos. ¿Estais en la idea de casaros con la señorita Leonor?

—Sí, señor, estoy bien resuelto.

—Muy bien, repuso el notario. No obstante, la confianza que siempre me demostró vuestro difunto tio, y mi carácter púbiico me imponen el deber de señalaros á sangre fria lo que vais á hacer. Sois millonario, teneis *un nombre que en* el comercio representa ya por sí solo un importante capital. El señor de Vlierbecke no posee nada; todo el mundo conoce su miseria, y la sociedad, injusta ó no, condena al noble arruinado á la ignominia y al desprecio. Con vuestra fortuna, vuestra juventud y vuestro exterior podeis obtener la mano de una opulenta heredera y doblar vuestros bienes.

Gustavo habia escuchado las primeras palabras del notario con penosa impaciencia; pero en breve habia desviado los ojos para pensar en otra cosa.

De repente se volvió hácia el notario, é interrumpiendo su discurso le dijo con un tono seco:

—Os doy gracias por vuestros consejos, que son muy naturales en vuestra boca; pero cortemos esta conversa-

© Biblioteca Nacional de España

cion, y decidme á quién pertenece en el dia el Grinselhof.

El notario, aunque picado con el poco caso que hacia el jóven de sus advertencias, disimuló lo mejor que pudo su despecho y respondió:

—Veo en efecto que vuestra resolucion es firme: obrad pues á vuestro antojo. El Grinselhof ha sido comprado por los acreedores hipotecarios, en atencion á que no ofrecian por él con sus dependencias sino una cantidad muy inferior á su valor.

—¿Y quién le habita?

—Nadie; ¿quién ha de ir al campo en el invierno?

—¿De modo que se podria comprar?

—Sin duda ninguna; justamente tengo yo el encargo de disponer de él por el total de las hipotecas.

—¡El Grinselhof es mio!.... exclamó Gustavo; me hareis el favor de advertírselo inmediatamente á sus dueños.

—Está bien, M. Denecker; podeis considerarle desde ahora como vuestro. Si deseais visitarle, encontrareis las llaves en casa del labrador.

Gustavo tomó su sombrero, y disponiéndose á dejar al notario, le estrechó la mano con una verdadera cordialidad y le dijo:

—Estoy cansado y necesito reposo; mucho me duele la triste noticia que me habeis dado. No olvideis el cumplimiento de vuestra promesa; mi gratitud excederá todo lo imaginable. Hasta mañana pues.

Gustavo se alejó dolorosamente conmovido de casa del notario.

X.

Largo tiempo hace ya que la hermosa primavera ha despojado á la tierra de los velos fúnebres del invierno, devolviendo á toda la creacion una vida nueva y nuevas fuerzas.

El Grinselhof ha recobrado tambien todo el esplendor de su silvestre y libre naturaleza, y las majestuosas encinas despliegan su vasta cúpula de verdura, los rosales de los Alpes están cargados de flores que embalsaman el ambiente; los pájaros cantan sus amores, y el sol inunda con sus rayos los delicados matices de la vegetacion renaciente.

Se diria que no habia habido cambio ninguno en el Grinselhof; sus caminos continúan desiertos, y el silencio sigue reinando bajo sus sombras; sin embargo, en torno de la casa hay mas movimiento y vida que en otro tiempo. Dos criados se ocupan en lavar un hermoso carruaje, y en la cuadra se oyen relinchos de caballos. Una jóven criada de pié en el umbral rie y charla con los criados.

De repente suena en el interior de la casa el ruido de una campanilla; la jóven se escapa con precipitacion diciendo con una voz espantada:

—¡Ah! Dios mio, el amo que pide su almuerzo y no está todavia.

Sin embargo, un instante despues sube la escalera con el almuerzo en una bandeja magnífica, y entrando en un salon del primer piso deja silenciosamente la bandeja sobre una mesa delante de un jóven que parece absorbido en sus pensamientos. La criada sale del salon sin desplegar sus labios.

(Se continuará.)

LOS TELÉGRAFOS.

El tiempo y la distancia son las dos principales rémoras que se oponen á la incansable actividad del hombre: por eso los progresos recientes de las ciencias, poniendo en sus manos elementos harto mas poderosos y eficaces, que los que hasta hace poco poseía, le han facilitado el vencer en buena parte aquellos obstáculos por medio de los ferro-carriles y de la telegrafía eléctrica, descubrimientos ámbos que constituyen las mayores glorias de nuestro siglo.

Sin embargo, no ya la generacion que comienza, sino hasta la misma actual, al verse en posesion de estas mejoras, de estas importantes aplicaciones que tantos afanes y tiempo han costado á los hombres científicos, por fuerza han de hallarlas tan naturales, tan sencillas, que hasta extrañarán el que se haya tardado tanto en encontrar una cosa que dentro de poco pasará por vulgar, bien así como el que hoy para encender una luz solo tiene que frotar un fósforo de á dos cuartos el ciento, no considera que pocos años há esta, para él sencillísima operacion, necesitaba la complicada maniobra de golpear repetidas veces la piedra con un eslabon, sacar chispas, prender fuego á la yesca y encender con ella una pajuela. Pues bien, lo que decimos del fósforo, le acontece ya al que recibe un parte telegráfico: halla que ha tardado mucho si la fecha le dice que hace una hora, por ejemplo, que fué expedido de Madrid, y es difícil se cuide de echar una mirada retrospectiva sobre la historia de estos medios de comunicacion, y sobre el camino que ha tenido que andar la humanidad hasta llegar en sus investigaciones y ensayos al punto de haber alcanzado esa rapidez, que ya le parece escasa, que no le satisface todavía plenamente. Con el fin, pues, de recordar de donde se ha partido y lo mucho que ha tenido que andarse para tocar el término actual, nos proponemos hoy ofrecer á nuestros lectores algunas brevísimas noticias respecto á los telégrafos que precedieron á los eléctricos, y así resaltarán mas los servicios que ellos prestan.

Si bien es cierto que desde la antigüedad mas remota, lo mismo en los paises civilizados que en los incultos, los hombres han tenido necesidad de entenderse á distancia y en ocasiones dadas por medio de ciertas señales, como por ejemplo hogueras, antorchas, aves domésticas, etc. nada de esto constituia ni podia constituir un verdadero y seguro sistema de transmision rápida del pensamiento. Los aparatos telegráficos podian solos llenar este fin, y los primeros ensayos de telegrafía no van mas allá que á los últimos años del siglo décimo sétimo. Y esto era natural: las señales necesitan que se las pueda ver de lejos; los instrumentos ópticos de aproximacion eran indispensables para que los telégrafos pudiesen dar resultados, y por eso su invencion no sube á mayor antigüedad.

Amontons, físico francés muy conocido por otros importantes trabajos, fué quien concibió la primera idea de la telegrafía aérea, y quien ejecutó algunos ensayos, valiéndose al efecto del medio de situar á distancias consecutivas hombres provistos de anteojos, quienes recibian y trasmitian ciertas señales convencionales. La idea estaba hallada y habria podido llegar á ser fecunda; pero la corte de Francia, con el deseo, por otra parte laudable, de estimular al inventor, se mezcló en ello, y esa fué la causa de haber fracasado el pensamiento de Amontons.

Mademoiselle Chouin, favorita del delfin hijo de Luis XIV, oyó hablar del descubrimiento y quiso tomar bajo su proteccion al inventor. Al efecto, y para darle celebridad de la única manera que entonces se podia alcanzar, obtuvo, no sin trabajo, del apático é insubstancial príncipe el que presenciara los experimentos que habian de hacerse en el jardin de Luxemburgo. Amontons, hombre muy de su gabinete, y que en su vida se habia visto rodeado de los señores de la corte, se turbó en términos que no hubo forma de que ni él ni nadie entendiese una señal siquiera, á lo cual contribuyó el que siendo sordo como un guardacanton ni él entendia á los demás ni los demás podian recibir de él instrucciones cuando le consultaban sobre algun accidente de los que sobrevenian. El delfin, que de tan mala gana presidia el acto, soltó de puro aburrido un bostezo mayúsculo, los cortesanos, como era de esperar, bostezaron tambien todos en coro, y Amontons y su aparato fracasaron completamente.

Poco podemos decir de Gullermo Marcel, que algunos años despues hizo funcionar una nueva máquina, cuyo secreto se reservó. Parece que aburrido al ver que no conseguia la proteccion de Luis XIV, quemó su aparato y no se volvió á hablar del asunto,

En 1782, un monge benedictino, llamado Gauthey, presentó á la Academia de ciencias un proyecto para la trasmision á grandes distancias de la palabra hablada por medio de tubos metálicos; proyecto fundado en exactos principios físicos. Hízose por órden de Luis XVI un experimento sobre una longitud de ochocientos metros, aprovechándose los tubos de conduccion de las aguas que proveen á la bomba de vapor de Chaillot. El resultado fué completamente satisfactorio; pero el enorme gasto que se calculó necesario para hacer una aplicacion en mayor escala, retrajo al rey, y el monge, partió á América para ver de buscar quien le auxiliase en la ejecucion de su invento, pero nada logró allí, como nada aquí habia logrado.

En este estado, el descubrimiento de los singulares fenómenos de la electricidad, que no pasa mas allá de la mitad del siglo anterior, llamó vivamente la atencion de los sabios, y ya hubo algunos que al ver la portentosa rapidez de la trasmision de este flúido, concibieron el pensamiento de fundar sobre esta propiedad una nueva telegrafía. Realizóla el primero un ginebrino, llamado Jorge Luis Lesage. Consistia su aparato en veinticuatro hilos metálicos, separados unos de otros, y envueltos en una sustancia no conductora. Cada hilo iba á parar á un electómetro particular compuesto de una bola de sauco suspendida por una hebra de seda. Trasmitida la electricidad á cada hilo, mediante una máquina ó aparato eléctrico cualquiera, la bola era rechazada, y como cada bola representaba una letra del alfabeto, el movimiento de ella indicaba la letra correspondiente.

Esto quedó en simple demostracion física de la posibilidad de obtener mayores resultados, pero tanto el pensamiento de Lesage como otros que no haremos mas que indicar despues, necesitaban que los descubrimientos eléctricos llegasen á mayor sazon: la electricidad estática, única entonces conocida, era insuficiente para un desarrollo mayor.

Reiser, aleman, propuso en 1794, iluminar á distancia, por una descarga eléctrica, las letras del alfabeto recortadas en estaño y pegadas sobre cristal. La descarga se trasmitia por veinticuatro hilos metálicos, correspondiendo uno á cada letra.

La historia de esta aplicacion científica conserva con encomio en sus páginas los nombres de dos ilustres españoles, el ingeniero Bettancourt y el médico Salvá, que en 1787 y en 1796 llevaron á efecto la trasmision del pensamiento á larga distancia por medio de alambres y botellas de Leiden.

Sin embargo, ya lo hemos dicho, estos ensayos no podian pasar de tales, porque los fenómenos eléctricos entonces conocidos no bastaban á una aplicacion mas extensa, mas fácil, mas general en fin. Por eso fué forzoso abandonar este camino y volver los ojos hácia la telegrafía aérea, llevada por Claudio Chappe á un punto de perfeccion del que apenas ha pasado desde entonces acá.

El telégrafo de este consiste en una barra movible sobre un ege, al rededor del cual puede hacer una rotacion entera. En cada extremo de la barra hay un aspa ó brazo, giratorio tambien, y las diferentes posiciones que pueden tomar estas tres piezas son en número de ciento noventa y seis, y por tanto son otras tantas las señales del telégrafo. El mecanismo de todas las partes que lo componen está muy bien entendido, pero no es nuestro objeto descender á estas explicaciones.

Los demás telégrafos aéreos reconocen por base este mismo sistema; á saber, posicion distinta y relativa de cada brazo ó de cada bola de las que entran en su confeccion.

Los adelantos de la electricidad han dado recientemente los necesarios medios para poder aplicar este flúido con gran ventaja á la telegrafía. De su historia en este último periodo quizá nos ocupemos en otra ocasion.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

PARA COMIDA, SOIRÉE Ó TEATRO.—Trage de tafetan verde con grandes ramos CHINÉS. El delantero del trage está guarnecido con gruesos copos de violetas, hechos con cinta (véase nuestro número 11) rodeados de encage blanco, y dispuestos en forma de botones grandes; corpiño escotado; fichú MARIA ANTONIETA de tul y encage blancos, con el mismo adorno del trage; mangas anchas; mangas de debajo semi-cortas de tul, orladas con un plegado de encage y con igual adorno; tocado de encage blanco y copos de violetas.

PARA VISITA.—Trage de terciopelo rojo muy oscuro. El delantero de la enagua está adornado con una especie de delantal hecho de MIGNARDISE (labor de galon y trencilla) que se continúa sobre el corpiño y el borde de la manga. Una hombrera de la misma labor está colocada en lo alto de la referida manga. Sombrero de crespon blanco, forrado de crespon azul claro; su interior está adornado con una diadema de miositis; pluma blanca enrollada sobre el lado izquierdo; cuello de encage, mangas de debajo de muselina blanca con puños de encage; guantes de piel de Suecia color de gamuza.

Solucion al geroglífico del número anterior.

En tierra de señorío almendra ó guindo, en tierra real noguera y moral.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

Los pedidos se dirigirán al Administrador D. FEDERICO JOLY Y VELASCO—CADIZ.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MEDICA. Bomba n. 1.

© Biblioteca Nacional de España